

do; vosotros la veréis y admiraréis un día en la gloria, y sabréis entonces que vuestro Padrenuestro y Avemaría fueron los que allí la colocaron.

Así igualmente sucede con el Papa, la Iglesia, Órdenes religiosas y, en fin, con todo lo que tiene alguna relación con Jesús. Los intereses de Jesús no siguen las reglas del mundo, sino las reglas de la gracia; es preciso medirlos con diferentes medidas, y no usar nunca las medidas del mundo. Todos nuestros pesos, medidas y monedas deben ser el Santuario. Nunca Jesús fue tan glorioso como cuando se dejó enclavar en la Cruz; pero el mundo necio imaginábase entonces que había triunfado y conseguido una completa victoria.

Os importa, pues, sobremanera tener esto muy presente. Es de fe que Dios oye siempre las oraciones bien hechas y en un grado superior a nuestras más entusiastas esperanzas, mas sin permitirnos ver cómo lo hace; menester es creerlo con la fe. Estemos, con todo, seguros que al fin no seremos en ellas defraudados.

## SECCIÓN 8

### **La oración, medio principal de fomentar los intereses de Jesús**

Réstanos decir todavía unas cuantas palabras sobre los medios de que debemos valernos para promover los intereses de Jesús.

Varios son estos medios: el buen ejemplo, la predicación., la publicación y distribución de buenos libros, el dulce razonamiento con el pueblo y la persuasión, valiéndose de nuestra influencia y autoridad de padres, institutores o maestros.

Todos estos medios son buenos, y como de veras amemos a Jesús, ninguno desaprovecharemos, conforme la ocasión lo reclame, guardando siempre, por supuesto, la modestia propia de nuestro estado y posición que ocupemos en la vida. Los miembros de la Confraternidad podrán servirse de ellos según lo permitan las circunstancias; pero el medio, el medio real de la Confraternidad y de todos los hombres es uno, uno solamente: la oración.

Se ora hoy muy poco; desconsuela, efectivamente, ver la poca fe que tienen los

hombres en la oración. Creen alcanzarlo todo con su ingenio, actividad y propia industria; imagínanse que las mismas causas que han hecho a Inglaterra una nación grande y altiva, contribuirán igualmente a fomentar los intereses de Jesús y extender su reinado sobre la tierra. Se regula hoy todo por los ojos, no por la fe. Si emprenden los católicos una obra cualquiera y les parece que produce escasos resultados, se les ve luego desmayar, imaginándose que todo llegará a reducirse a nada.

Se da una misión, se salva un alma o se evita un pecado: «¡Qué disparate! —exclaman— ¡Fue obra de quince días, y se gastaron cincuenta escudos!» ¡Y Jesús, sin embargo, para impedir que sea mancillada la gloria de su Padre con una sola culpa, está dispuesto a volver a bajar del Cielo para ser otra vez crucificado!

Si no podemos publicar guarismos, ni mostrar grandes resultados, ni satisfacer al mundo, o llámese pública opinión, de que estamos haciendo una grande obra a sus mismos ojos, nos ponemos a trabajar para criticar unos de otros, y pecamos; tenemos reuniones públicas, y pecamos; hablamos en demasía y pecamos; formamos turbulentos

comités, y pecamos; desistimos de la obra, y pecamos; y enseguida cada uno escribe un comunicado a un periódico, donde probablemente peca también, y después de todo se vive como antes.

Intentamos ciertamente emprender una buena obra, pero como nos apoyábamos en principios naturales, acabó con una muchedumbre de pecados.

Pues todo esto no reconoce otra causa que la falta de oración y la falta de fe en la eficacia de la oración. Así, ¡no olvidéis que la Confraternidad no conoce otro medio que la oración.

Convenzámonos que en un siglo y nación sin fe, la fervorosa oración ejercerá una grande influencia para con Dios, y obtendrá de Él una recompensa muy señalada.

A aquéllos que se acordaron de Sión, mientras los demás la olvidaron, les tuvo el Señor presentes de una manera muy singular. Oremos, pues, en una nación olvidada de la oración, fiada de sí misma y apoyada en un brazo de carne; y Dios así nos asistirá como nunca, y prosperarán maravillosamente los intereses de Jesús sobre la tierra.

¡Oh, los intereses de Jesús! ¡Pluguiera al Cielo encendiesen sin cesar nuestros co-

razones! La vida es corta y es mucho lo que hay que hacer; pero la oración es poderosa, y el amor más fuerte que la muerte. ¡A la obra, pues! ¡A trabajar, cantando y saltando de gozo, ángeles y hombres, pecadores y santos, por los intereses, por los caros intereses, por los únicos intereses de Jesús!

## SEGUNDA PARTE

### Simpatía con Jesús

#### SECCIÓN 1

##### La simpatía con Jesús, señal de santidad

Mientras Jacob vivió desterrado en casa de Labán, se enamoró de Raquel, hija de Labán, y dijo a su padre: «Te serviré siete años por Raquel», y la Escritura añade: *Así Jacob sirvió siete años por Raquel, y no le parecieron más que unos días por la grandeza de su amor.* Ahora bien, ¿no es verdad que no raras veces nos parece la vida demasiado larga, y los días muy pesados?

Una santa impaciencia por vernos libres de las ataduras del cuerpo y vivir con Cristo, ¿no nos hace con frecuencia desear la muerte? El pecado, la facultad y peligro de pecar, ¿no llegan a sernos insoportables y

no nos obligan a suspirar por la compañía de Dios como un amante por su amado?

Pero no son éstas las causas del disgusto que experimentamos nosotros y a las que ahora estoy aludiendo; nuestra vida, especialmente la espiritual, se nos hace pesada por muy diferentes motivos. Es ciertamente una tarea enojosa y que desmaya el corazón, vivir luchando siempre con nuestras malas pasiones, sin conseguir apenas resultado alguno. Las tentaciones nos importunan, nos inquietan los escrúpulos, y el término de nuestra ruín ambición no parece se reduce a otra cosa que a morir, ser sepultados y morar después en el purgatorio.

¿Y cuál es la causa de todo esto más que el no servir a Jesús por amor? Si nosotros le sirviésemos por amor, seguramente que nos sucedería lo mismo que a Jacob, los años nos parecerían días por la grandeza de nuestro amor. Veamos, pues, si es difícil servir a Jesús por puro amor.

Sentamos arriba como principio que el objeto de la Confraternidad no es otro que promover los intereses de Jesús, y que la oración es el medio principal de conseguirlo. Pero en el hecho mismo de haber escogido la oración para el logro de dicho obje-

to, claro está que exige algo más de nosotros.

No es ciertamente imposible servir a Dios y promover los intereses de Jesús con tibieza, frialdad y desmayo, a la manera que uno dispensa a otro un favor cualquiera como de mala gana, y digámoslo así, a remolque; mas no es posible servir a Dios y promover los intereses de Jesús en la oración con semejante frialdad y desabrimiento.

Efectivamente, la oración que no es fervorosa no es oración, es sólo una distracción o irreverencia, y nada más. De aquí se sigue que, exigiéndonos la Confraternidad la práctica de la oración, nos obliga, por tanto, de una manera muy especial a servir a Jesús por puro amor, y como somos tan amantes de la Confraternidad, y deseamos con tan vivas ansias su prosperidad y engrandecimiento, es éste otro de los motivos que nos mueven a examinar si es o no posible servir a Jesús por amor.

¡Ojalá que siquiera uno solo de vosotros se resolviese a ello! ¡Qué gozo entonces para el Cielo, qué alegría para María, qué consuelo para el Sagrado Corazón de Jesús! ¡Un alma más en el mundo que sirve a Je-



sús por amor! ¡Dulce Señor mío, el proporcionaros semejante consolación bien merece mil años de penitencia!

Ni la arrebolada puesta del sol, ni los cielos sembrados de estrellas, ni las espumosas ondas del mar, ni los odoríferos bosques y risueños prados, son objetos tan encantadores como un alma que sirve a Jesús por amor en medio de una vida gastada y prosaica.

No hay uno siquiera en el mundo que no desee ser un santo. Todos quisieran amar a Dios como los Santos le amaron; todos quisieran asimismo disfrutar de esa alegría dulcísima e inefable que inundaba su espíritu, y todos, por último, quisieran subir directamente a gozar de las inestimables delicias del Cielo sin tener que pasar por el purgatorio, para ocupar allí el primer asiento que los Santos se merecieran con su incomparable amor divino.

Bien sabemos que nos separa una larga distancia de semejante estado, y aun tenemos no pocos motivos para temer no llegar a serlo jamás. Nos falta resolución para practicar las penosas penitencias y mortificaciones corporales en que ellos se ejercitaron, no tenemos valor para renunciar

generosamente al mundo, y carecemos de aquel apetito de cruces y trabajos que consumía y devoraba sus entrañas; pero ¿quién hay con todo eso que no desee ser un santo?

No es mi ánimo proponeros ningún precepto difícil, ni mucho menos rigurosas penitencias; tampoco os exijo cosas que excedan vuestras fuerzas; solamente deseo que os fijéis bien en esto. Observad los Santos de todas las edades, sea la que quiera su historia o género de vida y veréis, al compararlos entre sí, que no fueron sus austeridades las que les hicieron santos.

Se notan en ellos, ciertamente, no pocas diferencias; pero no dejan sin embargo, de tener bastante semejanza entre sí.

Unos obraron milagros durante toda su vida, como San José Cupertino, religioso franciscano; otros acaso ninguno, como San Vicente de Paúl; por lo que hace a San Juan Bautista, de quien dice el Salvador cosas tan maravillosas, ni siquiera obró uno solo; éstos practicaron espantosas penitencias, como Santa Rosa de Lima, y aquéllos se contentaron con renunciar a su voluntad propia, arrojándose en los brazos de la divina; así lo ejecutó San Francisco de Sales.

Pues bien, a pesar de todas estas diferencias tienen todos ellos un carácter peculiar propio suyo y ciertos gustos e inclinaciones por los cuales podríamos conocerlos siempre, en cualquier parte que los hallásemos, siendo lo más maravilloso que sus principales particularidades como Santos están a nuestro alcance, y podemos hacerlas nuestras sin necesidad de milagros estupendos ni rigurosas penitencias.

Pero no vayáis con esto a creer que yo sostenga ser cosa fácil igualarnos a los Santos. ¡No, no! Solamente afirmo que, si así os place, en nuestra mano está apropiarnos no menos los medios con que ellos amaron a Dios y promovieron los intereses de Jesús, que los gustos e inclinaciones que les hicieron tan gratos al Sagrado Corazón del Salvador. Más aún, luego al punto llegaríamos a adquirir dichas particularidades suyas sólo con que fuésemos miembros celosos de la Confraternidad.

Resumiendo, decimos que, si bien los Santos se diferencian entre sí, convienen, sin embargo, todos ellos en tres cosas, a saber: 1.º celo por la gloria de Dios; 2.º susceptibilidad por los intereses de Jesús; 3.º anhelo y solicitud por la salvación de las almas.

Pero antes de hablar de cada una de estas tres cosas, debo prevenir una mala inteligencia de vuestra parte. No quisiera, ciertamente, que nada de cuanto llevo dicho inspirase en alguno de vosotros la idea de que no puede llegar a ser un Santo; por poco que mis palabras hubiesen contribuido a impediros alcanzar semejante estado, este poco causaría en mi ánimo un desagrado profundo, como quiera que de este modo no habría yo promovido los intereses de Jesús, objeto único de esta obrita.

Por vía de explicación a mis expresiones, permitidme os refiera una historia de una Santa, de Jacinta de Mariscotti, canonizada por Pío VII en 1807. Fue ésta una doncella, italiana de nación, cuyo carácter distintivo, durante su juventud, consistía en una extremada afición al lujo y a las galas. Sus padres la enviaron a educarse a un convento, pero todo el tiempo que permaneció en él no se ocupó de otra cosa que en tonterías y frivolidades mundanas, y toda su juventud la paso en una disipación completa.

Durante este tiempo tuvo deseos de contraer matrimonio, y como viese que una hermana suya había hecho un buen casamiento y ella no lo lograse, se llenó de envidia

y de una rabia excesiva. Era de una índole enteramente antipática, y con semejantes vicios llegó a hacerse tan odiosa, que nadie podía sufrirla a su lado.

Su padre, tonto y más que tonto, quería que fuese monja, y aunque no tenía ni pizca de vocación, creía ella, sin embargo, que podría abrazar ese estado como otro cualquiera, y así entró en un convento de la Orden Tercera de San Francisco, en Viterbo. En nada cambiaron sus gustos ni su carácter; el convento parece que era tan relajado, que más no podía ser, de suerte que en él hizo todo cuanto quiso.

Solía decir el glorioso San Alfonso, que era más fácil salvarse un alma en medio de las delicias del mundo que en una Orden relajada, y por cierto que pocos tuvieron en semejante materia la experiencia de este siervo de Dios.

Lo primero que hizo nuestra Santa fue construir para sí, a expensas suyas, una magnífica habitación, que adornó lujosamente, y según escribe su biógrafo, hasta con suntuosidad. Cuidábase muy poco de la regla, y si observaba alguno de sus capítulos, como puede suponerse, guardábalos con tibieza y flojedad.

Era cada vez más vanidosa, y no pensaba sino en sí misma; ¡preparación bien extraña para conseguir la santidad! Así vivió cerca de diez años, en cuyo tiempo la envió Dios una grave enfermedad, y viéndose a las puertas de la muerte, mandó llamar a un religioso franciscano, confesor del convento, para que la oyese en el tribunal de la Penitencia.

Apenas observó el religioso los ricos adornos de la habitación de aquella religiosa negóse a oírla en confesión, diciéndola que el Cielo no se había hecho para las monjas que llevaban una vida como la suya. «¡Cómo, exclamó ella, y no me he de salvar!» «El único medio, replicó el confesor, para alcanzar la salvación consiste en pedir a Dios perdón de todas sus culpas, reparar el escándalo que ha dado y comenzar nueva vida». Se echó entonces la santa a llorar, y bajando al refectorio, donde a la sazón se hallaba la comunidad, se postró ante las religiosas y les pidió perdón de los escándalos que les había dado.

Pero a pesar de todo esto no se obró en ella un cambio extraordinario, o a lo menos heroico, pues no entregó luego al punto a la superiora las ricas galas que poseía,

y sólo poco a poco fue mudando de género de vida. Para que se resolviera a entregarse de lleno a la virtud hasta llegar a ser una santa, fue preciso que Dios la enviase de vez en cuando alguna enfermedad, y que el remordimiento de la conciencia prosiguiese con suave pertinacia la tarea de ahondar más y más profundamente en su corazón.

He aquí, pues, una historia llena de consolación. Nuestra flaqueza nos arrastra a creer que los Santos fueron desde la cuna personas extraordinarias, que por especial favor del Cielo jamás perdieron la inocencia bautismal, y apenas llegaron a sentir la rebelión de sus pasiones o, al menos, la peor de todas ellas, la de los inveterados hábitos pecaminosos, o bien nos los representamos como personas en cuya santificación ha intervenido la Providencia divina de un modo milagroso, como en la conversión de San Pablo y de San Ignacio; así es que es cuestión resuelta para nosotros el no llegar nunca a ser Santos.

Pero la historia de la vida de Santa Jacinta nos ofrece una idea enteramente distinta; a los años de tibieza, de pecados veniales y vanidad mundana sucédele una semiconversión; a ésta siguen después otras

pequeñas conversiones, a éstas otras y así sucesivamente, lo mismo que quizá ha acontecido con no pocos de nosotros.

Ved cómo ilustra esta historia la excelente y consoladora observación del Padre Baker (*Sancta Sophia*, página 175): «Por lo que hace a las almas que por respetos humanos abrazaron la vida religiosa, no desmayen por eso, creyendo que ya ningún fruto pueden sacar en ella faltándoles el llamamiento divino; antes bien, confíen en que correspondiendo fielmente en lo sucesivo al género de vida que han abrazado por especial providencia de Dios contra sus intenciones y voluntades, la religión que profesan será un beneficio infinito para sus almas.

No raras veces se ha visto esto en grandes Santos luego que Dios les concedió luz para ver sus perversas intenciones y gracia para rectificarlas; con cuyos medios, quienes *comenzaron por la carne, acabaron por el espíritu*».

En las casas religiosas, en el estado eclesiástico y hasta en la vida devota en medio del mundo, ¡qué aliento tan grande no deben infundir en no pocos de nosotros semejantes palabras y ejemplo para volver a



empezar nueva vida, aun cuando la hayamos antes comenzado varias veces y vuelto después a abandonar! Lo que todos nosotros necesitamos ahora es imitar los últimos años de Santa Jacinta.

Pero ¿cómo alcanzaremos la santidad de los últimos años de Santa Jacinta pronta y fácilmente?

Cultivando los tres caracteres arriba mencionados, a saber: celo por la gloria de Dios, susceptibilidad por los intereses de Jesús y solicitud por la salvación de las almas.

En estas tres cosas consiste la simpatía con Jesús, y la simpatía es el fruto y el aliento del amor, y el amor es la santidad, y un Santo es simplemente aquél que profesa a Jesús más amor que la generalidad de las personas piadosas, y a quien el mismo Señor, en recompensa, le ha enriquecido con favores especiales.

## SECCIÓN 2

### LOS TRES INSTINTOS DE LOS SANTOS

#### 1.º Celo por la gloria de Dios

Es una verdad fundamental de la religión que el único fin del hombre en la tierra es glorificar a Dios, salvando su alma. Éste es nuestro único fin, nuestro único negocio; todo lo demás nada debe importarnos. Las criaturas nos ayudan o nos sirven de estrobo en negocio de tanto interés, y así usaremos de ellas, según que contribuyan o se opongan a la consecución de semejante fin.

De este primer principio y de los dos preceptos de amor de Dios y del prójimo nace en nosotros la obligación de procurar la gloria divina en la salvación del alma de nuestros hermanos como en la nuestra propia. Si amamos a Dios, evidentemente seremos celosos de su gloria, y tanto mayor será nuestro celo cuanto más encendido sea nuestro amor hacia su divina Perona. Cuando tomamos a pecho un negocio de interés, estamos seguros de llevarlo a cabo con calor y perseverancia.

La persona que llega a amar ardientemente a su Dios hácese lo que nosotros llamamos hombre de una idea. Todo lo ve desde un solo punto de vista; los empleos y profesiones son para él otras tantas calamidades necesarias que le distraen de su única ocupación, y no busca en todo y por todo sino la gloria de Dios; éste es su último pensamiento al acostarse, y el primero que le asalta al despertar por la mañana.

Si obtiene algún puesto, autoridad o influencia, el primer impulso suyo es de ver cómo lo empleará a la mayor gloria de Dios, si le sobreviene alguna desgracia, o por el contrario, recibe en herencia una suma considerable de dinero, ésta es asimismo la primera idea que le sugiere su entendimiento; se interesa grandemente por la Iglesia y los pobres, por la educación y moralización de costumbres y no por otra razón, sino porque estos objetos rebosan gloria divina.

Cuando un hombre se entrega de lleno a la política, sea la del Gobierno o la de la oposición, no ve cuanto acaece sino con relación a las ideas que absorben todas las potencias de su alma. El estado de la cosecha, la probabilidad de una mala recolección, nuestras relaciones internacionales, el des-

contento interior, el malestar de las clases obreras, son para él otros tantos asuntos que afectan grandemente al partido político a que está afiliado. Pues así, igualmente sucede a la persona que ama a Dios de todo corazón; no hay cosa, por inverosímil que parezca, que, según ella, no tenga que ver con la gloria divina. No quiere esto decir que deba estar siempre pensando en semejante asunto con actual intención; esto sería imposible, y en cierta manera superior a la condición humana; pero sí que ésa es la idea que más le preocupa, y la primera que suele ocurrírsele, como acontece a aquél que ama con pasión un objeto y desea con vivas ansias poseerlo.

Pues esto no es muy difícil de lograr. No hay en ello ningún sacrificio costoso de hacer, ningunas espantosas austeridades que practicar. Comencemos sosegadamente a ejercitarnos en esta devoción; primero un poco, luego algo más, y así sucesivamente, hasta que por fin lleguemos a familiarizarnos y nos sea enteramente habitual.

Todas las mañanas dirijamos a Dios una corta oración para conseguir de su inefable liberalidad una especial gracia de estar siempre buscando su gloria, y luz singular

para hallarla. Renovemos dos veces al día dicha intención, pidiéndole semejante favor después de la Comunión, rosario y examen de conciencia. Si alguna vez lo olvidamos, no desmayemos por eso, ello vendrá con el uso; y como nosotros lleguemos a perseverar unos cuantos meses en dicho ejercicio, el mismo Dios empezará entonces a ayudarnos de una manera muy especial. Pero no antes, ¡tenedlo muy presente!, pues tal es su conducta, esto es, esperarnos algún tiempo y ver si perseveramos.

Dios realmente está ayudándonos sin cesar; de otra suerte sería imposible nuestra perseverancia en el bien. Repito, pues, que esto, como véis, no es difícil de alcanzar; y si lo consiguiéramos en el transcurso de un año, ¡cuántas millas nos aproximaríamos a los Santos, y cómo prosperarían entonces los intereses de Jesús!

## SECCIÓN 3

### 2.º Susceptibilidad de los intereses de Jesús

Empleo de propósito esta palabra, por-

que no conozco otra que exprese con tanta exactitud mi pensamiento. Nosotros sabemos perfectamente qué es la susceptibilidad por nuestros propios intereses y los de aquéllos que son nuestros amigos o allegados. Nos ofenden a la más ligera insinuación o sospecha de un ataque; constantemente estamos acechando con recelosa suspicacia, como si todos cuantos se nos acercan abrigasen contra nosotros algún designio siniestro. Cuando tal imaginamos, al punto nos damos por ofendidos, y denunciarnos a nuestros ofensores como a enemigos; o, si nuestra suspicacia no llega a este extremo, los censuramos con acritud, o bien perdemos la calma y les hablamos con cierto desabrimiento. Aplicad, pues, todo esto a los intereses de Jesús, y os habréis formado una idea cabal de lo que es un Santo.

Sin embargo, aun las personas virtuosas no comprenden dicha exquisita delicadeza, y hasta la condenan como una extravagancia o indiscreción, solamente porque ignoran que es servir a Dios con servicio de amor.

Cuando una persona extremadamente sensible por los intereses de Jesús oye cualquier escándalo, luego al punto siente en su

ánimo una angustia horrible; habla con amargura de su corazón de semejante falta; apenas puede disfrutar un momento de reposo y continuamente se la ve inquieta y sobresaltada.

Sus amigos no conciben cómo lo toma tan a pecho. «¿Pues qué tiene ella que ver, dicen, son semejante escándalo, ni qué responsabilidad puede caberle en dicho asunto?». Así es que están prontos a acusarla de afectación, pues no ven que todo el amor de su amigo es por Jesús, y que es para su espíritu un verdadero martirio la más mínima injuria que se infiera a los intereses de su amoroso Señor.

Otra manera de manifestarse esta susceptibilidad por los intereses de Jesús consiste en la exquisita delicadeza y viva detestación de la herejía y falsa doctrina. La pureza en la fe es uno de los más caros intereses de Jesús; y en su consecuencia, aquél que ama con encendido amor a su Señor y Maestro, forzosamente ha de sufrir una horrible angustia, superior a todo encarecimiento, con la enseñanza de una falsa doctrina, especialmente entre los católicos.

Toda opinión que redunde en olvido de Nuestro Señor, en depreciación de su gra-

cia, en deshonor de su Madre, en detrimento de los Sacramentos, en menoscabo, por mínimo que sea, de las prerrogativas de su Vicario en la tierra, aunque se emita incidentalmente y en conversación pasajera, le punza con tal viveza, que hasta llega a sentir un sufrimiento corporal.

Las personas irreflexivas se escandalizan hasta cierto punto de sensibilidad tan extraña; pero es únicamente porque no saben apreciar en cosas espirituales una delicadeza que, en objetos terrenos, les parecería lo más natural del mundo. Así es que no hallaréis un solo Santo que no haya conservado viva en el fondo de su corazón esa pena del amor, esa incapacidad para oír impasible el ruido de la herejía o falsa doctrina, y aquél que no la experimente es seguro, como el sol está en los cielos, que no ama a Jesús sino con pobre y mezquino amor.

Se manifiesta igualmente dicha susceptibilidad conforme la ocasión lo requiere, en todos los intereses de Jesús de que hablamos en el capítulo anterior. Una observación, sin embargo, debemos hacer aquí. Sucederá con frecuencia que una persona en cuyo corazón no ha echado todavía el amor



divino hondas raíces sea indiscreta, impaciente, descortés y desabrida; sospechará donde no haya ningún motivo para ello, y no podrá sufrir con calma la indiferencia y frialdad de los demás, como lo sufriría ciertamente si el hábito de la caridad estuviese en ella perfectamente formado.

Esto no raras veces redundaría en descrédito de la devoción, pues no hay personas que sean juzgadas con tanta severidad como aquéllas que hacen profesión de vida devota. Pero no desmayen por eso, acuérdense que es preciso que tengan al principio sus faltas e imperfecciones, que deben subir los escalones menos suaves de la vida espiritual; que no pocas veces, y esto debe servirles de gran consolación, mientras los hombres las condenan; Jesús las absuelve, y por último, que las imperfecciones mismas de su tierno amor agradan grandemente al Señor, al propio tiempo que son odiosas a sus divinos ojos la crítica y modeeración pomposa de sus detractores.

Ahora bien, no sería difícil cultivar esta sensibilidad y exquisita delicadeza por los intereses de Jesús, no obstante de ser uno de los principales instintos de los Santos. ¿No valdrá, pues, la pena de ensayarlo?

¿Puede acaso haber mayor placer en la vida que servir a Jesús por amor? Hoy mismo podríamos empezar, ninguna dificultad hay en ello, ningún cambio repentino, ni violento se necesita obrar en nuestro género de vida. Pensemos un poco más sobre el divino amor, pidamos también algo más de amor, y ya nos hallamos en la verdadera senda; la Confraternidad, sin trabas ni obligación alguna, nos pone en el principio de dicho camino.

## SECCIÓN 4

### 3.º Solicitud y salvación de las almas

Éste es el tercero y último instinto de los Santos, que nos pone en simpatía con Jesús. El mundo y los intereses materiales del mundo están todos contra nosotros, y nos llevan tras sí. Nos impresiona mucho más lo que vemos con los ojos corporales que aquello que contemplamos con la lumbre de la fe.

Jesús, sin embargo, vino al mundo para salvar las almas; derramó por ellas su Preciosa Sangre y por ellas murió; prosperan

sus intereses a proporción que las almas se salvan, y se menoscaban a medida que se condenan. El alma es la única cosa digna de todos nuestros cuidados.

¡Condenarse un alma, y condenarse para siempre! ¡Quién es capaz de sondear el horror de semejante desventura! ¡Quién puede formarse una idea exacta del abismo, de la ruina, de la inconmensurabilidad de la desdicha, de la insoportabilidad del tormento y del irreparable abandono de la desesperación de un alma eternamente condenada!

¡Y Santa Teresa vio, no obstante, en espíritu, que se agolpaban las almas diariamente, en confuso tropel, a las puertas del infierno, como los montones de hojas secas que forma el viento de otoño!

¡Y Jesús estuvo tres horas pendiente en la Cruz por la salvación de cada una de esas almas condenadas! ¡Y todas ellas podrían encontrarse ahora despidiendo vivísimos rayos de resplandor y hermosura en la Corte celestial!

¡Y esas almas quizá nos amaron, y nosotros las amamos igualmente; y no poco había, por cierto, que amar en ellas! ¡Fueron generosas, afables y caritativas: pero

amaron el mundo, se dejaron llevar de sus malas pasiones, crucificaron de nuev, acaso sin pensarlo, a Nuestro Señor, y ahora están condenadas, eternaente condenadas!

¡Qué maravilla que los siervos de Jesús giman por quienes el mismo Jesús gimío también! Así es que se les ve siempre solícitos por misiones, escuelas, Órdenes religiosas, ejercicios espirituales, indulgencias y jubileos; constantemente están llenos de planes, y si no de planes, a lo menos de oraciones; cuídanse poco de toda otra cosa que no sea el importante negocio de la salvación de las almas, y todo lo sacrifican por ellas.

Nada les importa recibir desaires, sufrir chascos e incurrir al principio en algún engaño, pues son todo por las almas.

Por ellas comienzan de nuevo todos los días a levantar planes y tirar nuevas líneas; y no se desaniman porque no vean claramente si habrá hombres y dinero para continuar las obras que emprenden; su consolación es que toda obra por las almas es por su propia virtud una obra completa, y completa para mientras subsista; pues toda dispensación de la gracia y de la Preciosa Sangre es una cosa apetecible y gloriosa en sí misma.

He aquí por qué la Iglesia, madre amorosa de las almas, se afana tanto en fomentar esos estímulos temporales de retiros espirituales, misiones y jubileos; semejantes prácticas son completas por sí mismas, y para mientras duren; de aquí que al propio tiempo que unos se ocupan en hablar, y fisgar, y criticar, y resfriar y desanimar a los demás, aquéllos aman a Jesús, prosiguen trabajando en la salvación de las almas con simplicidad de corazón, sin pensar en el mañana.

Volúmenes enteros podrían escribirse acerca de esta pasión por las almas, que se halla en toda persona que profese un tierno amor a Jesús. No es encargo hecho solamente a Pedro, sino también a todos los que aman: «Una vez convertido, confirma a tus hermanos. —¿Me amas más que éstos? —Apacienta mis corderos».

Efectivamente, ¿no tenemos cada uno de nosotros un sinnúmero de medios con que contribuir a la salvación de las almas? Y por la intercesión, al menos, ¿no quedan enteramente abiertos los tesoros de toda la Iglesia a la influencia alegre y eficaz de nuestras oraciones igualmente que al mismo Papa?

Los Santos están principalmente formados con estas tres cosas: celos por la gloria de Dios, susceptibilidad por los intereses de Jesús, solicitud por la salvación de las almas. Estos tres instintos constituyen el carácter más bello y angelical, y nos ayudan más que ninguna otra cosa a asegurar nuestra predestinación.

He aquí las tres cosas que la Confraternidad procura formar en nosotros. Ya hemos visto cuán fácil es adquirirlas, nos basta con aprender a amar y servir a Jesús por puro amor; no hay sexo, edad ni condición que no sean igualmente convenientes para la práctica de estas tres cosas. ¡Qué cambio tan radical no se obraría en el mundo si unos cuantos acometiesen semejante empresa y la prosiguiesen con calma apacible en la vida ordinaria y oraciones de cada día!

Cuando muere un sujeto en las primeras capitales de Europa, suelen decir sus amigos en elogio de su actividad, energía y tenaz perseverancia: «Ese hombre ha vivido solamente para llevar a cabo aquella importante línea férrea; su objeto exclusivo no fue otro que arrancar al Gobierno un plan de educación más científico en favor del pueblo; se consagró con todas sus fuerzas

a la causa del librecambio, o bien fue un verdadero mártir de sus gestiones por la protección. Ésta fue su única idea; crecía en él con la edad; no pensaba en otra cosa, ni perdonó tiempo ni gastos para hacer adelantar un solo paso su causa favorita y los intereses a que estaba tan apegado; tal fue su monomanía. Desempeñó admirablemente su cometido, porque puso en ello todas sus potencias y sentidos; el mundo tiene, pues, una deuda de gratitud que pagarle».

Ahora bien; ¿por qué no deberá decirse igualmente de nosotros: «Ha muerto; fue un hombre de una sola idea, no se cuidaba de otra cosa, sino de que viniese el reino de Dios y se hiciese su voluntad, así en la tierra como en el cielo? Semejante propósito consumía y devoraba sus entrañas; velando y durmiendo no le ocupaba ningún otro pensamiento; nada le arredró; por su idea favorita no perdonaba tiempo ni gastos, y cuando esto le faltaba, escalaba el Cielo con oraciones. No tomaba interés por ninguna otra cosa; esto fue su alimento y bebida y lo que embargaba todo su ánimo, y ya ha muerto!».

Efectivamente, ha muerto; pero mientras el otro se dejó acá sus vías férreas y su pan

barato, nuestro amigo se llevó consigo al Tribunal de Jesús todo su amor, todas sus penitencias y oraciones, y lo que allí estas cosas han hecho en favor suyo, ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el entendimiento humano concibió jamás (1 Cor. 2,9).

Ponderad, pues, detenidamente estas tres cosas, estos tres suaves instintos de los Santos, este servicio de Jesús por amor. ¿Queréis ver el efecto que producen en un corazón piadoso, aun en las cosas más pequeñas? Pues vais a verlo.

Cierto jesuita español no podía resolver si sería mejor ganar una indulgencia por el alma del purgatorio más abandonada y olvidada, o bien por aquella que se hallase más próxima a su libertad y entrada en la gloria. Veíase enteramente embarazado; ambas cosas eran tiernos actos de caridad; pero ¿cuál de los dos era el más tierno? ¿Cuál más agradable a Jesús? Como este buen Padre era de un corazón sumamente compasivo, se inclinaba más hacia la pobrecita alma abandonada, a causa, precisamente, del desamparo mismo en que se encontraba, produciendo una horrible angustia en su ánimo tener que abandonarla a su olvido. Pero se decidió, al fin, en favor



de la primera, y he aquí las razones que le movieron a tomar semejante resolución: «Si bien es cierto, decíase a sí mismo, que atendiendo al exceso de la miseria, el acto más grande de misericordia consiste en aplicar la indulgencia por el alma más necesitada, la caridad es, sin embargo, una virtud más excelente que la misericordia y el acto más subido de caridad consiste en ofrecer la indulgencia por el alma que más amó a Dios, no buscando en ello otra cosa que la mayor gloria del Hacedor como Criador de esa alma, pues se halla más cercana a su entrada en los Cielos, donde al punto empezará a glorificar a Dios de un modo inefable con sus alabanzas y felicidad.

Aquí había celo por la gloria de Dios. «Además, el alma no es propiamente la victoria completa de Jesús hasta que no arriba al puerto dichoso de la gloria y la presenta nuestro adorable Redentor al Eterno Padre como trofeo de su Sagrada Pasión. ¿Y no será mejor hacer esperar en el purgatorio a la pobre alma abandonada que no a Jesús en el Cielo? Y la pesadumbre que se experimenta dejando en su abandono al alma más olvidada, ¿no ejercerá alguna influencia sobre Jesús, y no alcanzará algún soco-

rrero en favor de dicha pobrecita alma desamparada?». Aquí había una susceptibilidad y sensibilidad exquisitas por los intereses de Jesús.

«Pero, aparte de todo esto, proseguía el piadoso jesuita, cuanto menos retarde su entrada en el Cielo el alma que se halla a él más cercana, tanto más pronto empezará a conseguir de Dios toda suerte de gracia para mi alma y la de todos los pecadores que existen en la tierra». Aquí había una solicitud por la salvación de las almas.

En vista de estas razones, se resolvió a ofrecer sus indulgencias por el alma más cercana a su rescate, pero no sin exhalar al propio tiempo un fervoroso suspiro y dirigir asimismo una mirada compasiva a María, y concebir una esperanza fundada de que Jesús había de obrar alguna cosa extraordinaria a favor del alma desamparada.

Parece que esta decisión del buen Padre tiene en favor suyo una respetable autoridad, pues entre las revelaciones hechas a Sor Francisca del Santísimo Sacramento, religiosa carmelita española, una de ellas tiene por objeto el asunto que nos ocupa. Le declaró el Señor cómo distribuía casi todos los sufragios de la Iglesia universal del día

de Ánimas entre todas aquéllas que se hallaban más cercanas a la gloria, manifestándola al propio tiempo la innumerable muchedumbre de almas que salían del purgatorio en la tarde de ese día (1).

Por otra parte, sabemos que el alma más abandonada fue la devoción especial de San Vicente de Paúl (2); pero las almas desamparadas fueron el objeto de la vocación del Santo, y su herencia y posesión.

Había aprendido el piadoso jesuita a darse razón en todo cuanto obraba; no digo yo que debéis vosotros ser tan singulares, pero como quiera que sea, este ejemplo nos muestra muy a las claras cómo pueden las tres cosas penetrar insensiblemente en un alma piadosa, influyendo en sus más minuciosas acciones y devociones más ocultas. Tal es el único objeto de este pequeño tratado.

1. *Vita*, pág. 171.

2. *Peint pas ses Ecrits*, pág. 258.

# ÍNDICE

Introducción .....	3
--------------------	---

## PRIMERA PARTE

Intereses de Jesús .....	5
SECCIÓN I - Jesús todo por nosotros y todo por amor .....	5
SECCIÓN II - Intereses de Jesús .....	13
SECCIÓN III - Los cuatro principales intereses de Jesús .....	21
1° La gloria de su padre .....	21
SECCIÓN IV - 2° El fruto de su pa- sión .....	25
SECCIÓN V - 3° El honor de su Ma- dre .....	28
SECCIÓN VI - 4° El aprecio de la gra- cia .....	31
SECCIÓN VII - Como aumentaremos los intereses de Jesús .....	36

SECCIÓN VIII - La oración, medio principal de fomentar los intereses de Jesús .....	42
---	----

## SEGUNDA PARTE

Simpatía con Jesús .....	46
SECCIÓN I - La simpatía con Jesús, señal de santidad .....	46
SECCIÓN II - Los tres instintos de los santos .....	58
1° Celo por la gloria de Dios .....	58
SECCIÓN III - 2° Susceptibilidad de los intereses de Jesús .....	61
SECCIÓN IV - 3° Solícitud y salvación de las almas .....	66